

## SEGUNDO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

22 de junio de 2003

Amados hermanos en nuestro Señor Jesucristo:

En el Evangelio de este segundo domingo después de Pentecostés, encontramos una de las ciento veinte parábolas, como las ha enumerado el padre Castellani, tratando de darle una interpretación, una exegesis lo más acabada posible, a la parábola de los convidados, que como todas nos puede sorprender por esa contraposición, por esa falta a veces de medida, de proporción que agranda o afea un hecho. Y nos puede parecer justificado, cómo va ir a una fiesta alguien que acaba de casarse; siendo uno de los convidados que se excusa, mientras que otro también va a ver su finca, su hacienda que ha comprado, sus bueyes. Pretextos, quizás, menos imperiosos unos que otros, pero que pueden ser muy válidos.

¿Qué es lo que quiere nuestro Señor manifestar en esta parábola al mostrarse airado? Porque ese padre de familia, ese gran señor que hace el convite no es sino el reflejo de Dios Padre que nos quiere invitar a todos a las bodas de su Hijo, es decir, de Cristo con su Iglesia, la esposa inmaculada. Es eso lo que muchas veces está prefigurado en esos banquetes, en esas fiestas, en esas bodas, y así nos muestra ese disgusto, a pesar de disculpas válidas.

Y es que Dios nuestro Señor quiere mostrarnos que ante Él, ante la Divina Majestad que nos invita, no hay justificación que valga, no hay peros; a Dios se le responde o se le rechaza y no hay término medio. Y es tan tremenda esta realidad que eso genera el infierno, porque Dios es el cielo y si Él nos invita al paraíso y le salimos con alguna disculpa, con algún pero, o con algún cuento, no hay nada que valga. Es el rechazo de esa llamada y ante el repudio de Dios, ¿qué queda?, el vacío, la nada, el infierno; porque el averno además de ser un lugar, es el estado de la pérdida eterna de Dios, es el no haber asistido al convite celestial, es el excusarse.

Cuántos de nosotros vivimos justificándonos: tengo a mi familia, y por eso no me ocupo de las cosas de Dios, tengo mis hijos, mis padres, mi profesión. “Que tengo y tengo” y lo que tenemos es nada, nada entre las manos delante de Dios. Delante de Él no poseemos nada más que la miseria, y nuestra efímera existencia, y no valen reyes ni reinados.

Ese es el significado de esta parábola, para que no le salgamos con excusas a Dios ni nos engañemos estúpida y miserablemente; no hay rey ni profesión ni Estado ni estrato social que nos libere de nuestro compromiso frente a Dios Padre, a Dios creador; no puedo alegar que he estado

ocupado, que he estado comprometido, porque no hay ninguna ocupación, ningún compromiso que valga delante de la majestad infinita y bondadosa de Dios. Por eso no hay pretexto que valga ni aun el del recién casado, porque Dios está primero y en la medida que entendamos eso seremos católicos; si no lo comprendemos no lo somos, lo seremos de nombre, de pantalla, de apariencia, de fantasía y eso no lo quiere Dios.

Es lo que debemos tener presente y dejar de disimular nuestra existencia; la vida presente sin responder a Dios es una estupidez, una vanidad, porque todo es pasajero, superfluo, como lo es el maquillaje de la mujer y si nos reímos de que una mujer se la pase frente a un espejo perdiendo el tiempo, pues mucho peor quienes viven excusándose delante de Dios. Es para que nos demos cuenta del significado que tiene nuestra respuesta ante Dios y de que no valen justificaciones.

Nuestro Señor, en esta parábola, quiere que nosotros recapacitemos y rectifiquemos nuestra vida, nuestra conducta conforme a Dios y que lo busquemos, ya seamos padres de familia, médicos, abogados, príncipes, reyes, presidentes, diplomáticos, sacerdotes o lo que fuere, porque primero está Dios y eso es para todo el mundo, incluyendo al clero. Una clerecía que se pervierte no busca a Dios, por eso vemos hoy la parte humana de la Iglesia degenerada, y no tratemos de eximir a nadie, porque no hay dispensa delante de Dios.

Esta parábola la podemos aplicar a lo que pasa hoy dentro de la Iglesia, en ese clero que no responde como un paladín, un Pelayo, un Cid, un Hernán Cortés, contra viento y marea para defender a Dios; ese clero, esos obispos, esos cardenales, se escudan como mujeres uno tras otro porque no se busca a Dios y porque se tiene miedo de enfrentar al mundo y al que sea, en el nombre de Él. Por eso la gran cobardía de los sacerdotes que no tienen ni el espíritu, ni la fortaleza, ni la energía de defender la Iglesia de Dios. Falta ese sentido de verdadero combate espiritual que es el único esencial, porque aun todas las guerras en el fondo son una pelea que responde a algo ideológico, espiritual y religioso y si no, vergüenza debería darnos de los musulmanes que enarbolan la espada por un falso dios, por una falsa religión pero lo hacen en el nombre de Dios, en forma ficticia; pues mucho más debemos hacer nosotros que creemos en el verdadero Dios.

No nos apenemos si nos tratan de fundamentalistas o talibanes religiosos por ser depositarios de la verdad de la Tradición, porque esa es otra patraña del ecumenismo y de la tolerancia judeomasónica, quitar toda intransigencia, aun las falsas como es la del Islam y por eso les dan el nombre de fundamentalistas, porque no son ecumenistas. No nos asombre que seremos quizá condenados de ser fanáticos queriéndonos equiparar a todos aquellos intransigentes en el error y mezclarnos en la misma olla por confesar fielmente, fidedignamente, la religión católica, apostólica y romana en toda su integridad.

No es de extrañar todos los artilugios que Roma modernista y paganizada nos prodiga; lo menciono para que no quede en el tintero, para que no pensemos que todo anda bien, que debemos quedarnos tranquilos. Tenemos que estar siempre vigilantes, las veinticuatro horas, día y noche, poniendo a Dios por delante, sin excusas. Porque siendo nosotros colombianos tenemos la desgracia de tener entre esas marionetas, bajo la férula de Satanás, a un cardenal colombiano que está haciendo todo lo posible y hasta lo imposible para reunir la Tradición, la Fraternidad San Pío X e integrarla, homologarla en el consorcio ecumenista del gran panteón en que han convertido hoy el Vaticano y es el cardenal Castrillón y porque él es colombiano. Más cuidado debemos tener nosotros, porque son muchos los que han caído, entre ellos dos sacerdotes colombianos de los cinco que éramos de la Fraternidad y que se han ido; no han sabido resistir, no lo olvidemos. El cardenal Medina de Chile respalda al uno o al otro y saben ustedes muy bien a quién me refiero; no es porque los sacerdotes sean malos, es por no ver con claridad, por no saber aceptar que se nos escupa en la cara y se nos considere el desecho y la cloaca de esta sociedad.

Porque hoy en día hay que saberlo, mis estimados hermanos, ser católico de veras, tradicionalista o, todavía más sacerdote de la Fraternidad o como dicen, de monseñor Lefebvre, es ser lo sucio de la Iglesia y hay que tener mucha entereza y mucha dignidad para no dejarse avasallar y seguir. También concierne a los fieles, porque ellos, es decir ustedes, les guste o no, también quedan estigmatizados por esa señal de la cual se nos hace hoy objeto, que es el rechazo, desconociéndonos, tildándonos de herejes, de cismáticos, de desobedientes, de excomulgados, cuando son ellos los pérfidos y los traidores. Y, como decía monseñor Lefebvre, ellos son los anatematizados, si es que los hay, porque quien se pone en ruptura con la Tradición de la Iglesia y con todos los Papas que han representado esa Tradición es el que se separa de ella, de la Iglesia católica que es la misma de ayer, hoy y siempre.

Hoy tenemos una nueva Iglesia inventada, fabricada bajo la protección del Concilio Vaticano II que es un adfeso de concilio, ya que no es ecuménico verdadero y legítimo porque para ser verdadero tiene que ser por propio derecho infalible y el hecho mismo de que Pablo VI y Juan XXIII no hayan querido que fuese infalible, entonces no es ni concilio, ni ecuménico, ni infalible ni nada, simplemente una pura reunión eclesial con la pantalla de pretender ser lo que no es. Eso es lo que dictamina la sana teología porque no puede existir un congreso de la Iglesia que no sea infalible si es ecuménico; pero es tal el desorden intelectual y la falta de visión teológica que prácticamente nadie lo ha visto. Es increíble, pero vendrá si es que ha de venir, si es que Dios da tiempo de que haya un santo Papa que así lo declare, y si no lo hará Él en el día del juicio universal, cuando se vean claro todo.

Por eso nosotros debemos, con mucha humildad, sin complejos al ser marginados, como se nos quiere hacer ver, que busquemos de algún modo que se nos reconozca, que nos admitan. ¡No señor! Nuestra gloria está en el desierto. Ir allá donde nació la Iglesia, en el de la Cruz, en el de Tebas, allí nacieron los monasterios y mueren los mártires. Entonces, no caigamos en falsas expectativas, no busquemos el reconocimiento del enemigo; a él hay que señalarlo y alejarnos,

sobre todo cuando viene disfrazado de oveja como el lobo rapaz, con la zamarra de oveja. Por eso nuestro Señor siempre ha advertido para los últimos tiempos que la fe acaso existirá sobre la tierra y no solamente la fe que será menguada y reducida, sino la misma Iglesia católica, la verdadera será reducida a su mínima expresión.

La reducción de la Iglesia perseguida que quedará dispersa por el mundo en las almas de los pocos fieles que sigan creyendo en nuestro Señor Jesucristo sin adulterar la sagrada doctrina. Por eso señala al pseudo profeta, la bestia o fiera de la tierra que habla como dragón pero tiene apariencia de cordero que se parece a él, a nuestro Señor, pero que no habla ni enseña como Él, sino como el dragón. Y, ¿qué es si no, toda esta doctrina que hoy vemos que no es católica ni la palabra del cordero? ¿Qué es si no, la predicación del error y de la herejía? Entonces esa es la palabra del dragón, de Satanás, pero bajo la apariencia de ser de Cristo.

Y no me digan que todo esto no está claro. Distinto es que no querramos verlo, y si no lo deseamos entonces desechemos las Sagradas Escrituras, pero no andemos como los protestantes con la Biblia todo el día en las manos, para profanarla y mal interpretarla. Por eso no valen, mis estimados hermanos, las excusas, y la crisis actual hay que verla frente a Dios sin pretextos y así responder, para que podamos dar verdadero testimonio como mártires, ya sea morales o efectivos pero víctimas al fin y al cabo. Porque hoy día ser católico de verdad es un sacrificio moral y quién sabe si no lo será también efectivo físico para todos nosotros.

Por eso debemos ver todo esto según Dios y la verdad eterna, sin artificios humanos, sin justificaciones, y eso sólo ya purifica y santifica nuestras almas. Es la verdad reconocida en nuestros corazones, así vivida, la que hace que nuestra existencia sea santa; nuestras acciones no tienen valor si no están unidas a la verdad, porque de nada me vale practicar el pero sin estar nutrido, sustentado en la verdad que es Dios. Es decir, sin estar unidos a Dios que es quien vivifica nuestras acciones.

De nada valen las obras naturalmente buenas si no tienen a Dios por motivo. Ni la filantropía judeomasónica, ni las obras humanitarias de la Cruz Roja, ni las acciones de la renombrada Madre Teresa de Calcuta, valen nada sin referirlas al Dios verdadero, al Dios de la verdad que es quien vivifica nuestras obras y les da un valor de virtud y santidad sobrenatural. Poco importa así lo que hagamos, si no lo hacemos por Dios, unidas a la verdad eterna.

Pidamos a la Santísima Virgen María que nos ayude a permanecer siempre unidos a Dios, a su divino Hijo, el único que salva verdaderamente. +